

Carta de Cutberto a Cutuino

Al amadísimo en Cristo co-lector Cutuino su condiscípulo Cutberto, eterna salvación en Dios.

Recibí con mucho agrado el pequeño obsequio que me enviaste, y con mucho gusto leí las cartas de tu devota erudición, por las cuales, lo deseaba sobre manera, supe que vosotros celebráis misa y santas oraciones por nuestro padre y maestro Beda, amado por Dios. De allí que me place más por el amor que le profeso, cuanto lo permite mi ingenio, decir en pocas palabras de qué manera partió de este mundo, al ver que lo deseaste y me lo pediste.

En verdad, fue aquejado por una enfermedad y sobre todo de aliento muy agitado, aunque sin dolor, antes del día de la Resurrección del Señor, esto es casi dos semanas; y así continuaba luego su vida alegre y gozoso, dando gracias a Dios Todopoderoso todo el día y la noche; mejor, todas las horas, hasta el día de la Ascensión del Señor, esto es el séptimo día antes de las calendas de junio¹, y diariamente daba lecciones a nosotros sus discípulos. El resto del día lo ocupaba, tanto como podía, en el canto de los Salmos. Pero se empeñaba en pasar la noche entera en alegría y acción de gracias, excepto cuando se lo impedía un ligero sueño. Igualmente no obstante, ya en vela, comenzaba al punto a rumiar las modulaciones acostumbradas de las Escrituras y no olvidaba dar gracias a Dios con las manos extendidas. ¡Oh, hombre verdaderamente bienaventurado! Cantaba sin embargo la frase del beato apóstol Pablo: *'Es algo terrible caer en las manos del Dios vivo'*, y muchas otras cosas de la Santa Escritura, con las que nos exhortaba a levantarnos del sueño pensado en la última hora. También en nuestra propia lengua, pues era conocedor de nuestros cantos, hablaba acerca de la terrible salida de las almas fuera del cuerpo:

*Fore the neid faerae
Naening uuiurthit
Thonc snotturra
Than him thart sie
To ymb hycgannae
Aer his hin-iongae
Huaet his gastae
Godaes aeththa yflaes
Aefter deoth-daege
Doemid uuieorthae*

Que se traduce así en latín: *'antes de la forzosa partida nadie es más sabio de lo que debe: quiere decir, para considerar, antes de que el alma se aleje de aquí, de qué modo deberá ser juzgada, en lo que hizo de bueno o de malo'*.

Cantaba también antífonas para nuestra consolación y la suya propia, una de las cuales es: *'¡Oh Rey de la gloria!, Señor de los poderes, que ascendiste triunfador en este día sobre todos los cielos, no nos abandones huérfanos, sino envíanos al prometido del Padre, al Espíritu de verdad. ¡Aleluya!'* Y al llegar a esa parte *'No nos abandones huérfanos'*, prorrumpió en lágrimas y lloraba mucho. Y después de un tiempo empezó a repetir lo que había empezado. Nosotros al escuchar esto lloramos con él. Una vez leímos, otra lloramos; o mejor, siempre leímos en medio del llanto. Entre semejante alegría pasamos los cincuenta días hasta el día establecido, y él se alegraba mucho y daba gracias a Dios porque había merecido así enfermarse. Y decía a menudo: *'Azota Dios a todo hijo que recibe'*, y muchas otras cosas de la Santa Escritura; también el pensamiento de Ambrosio: *'No viví de un modo tal que me*

¹ El 26 de mayo del 735

avergüence de vivir entre vosotros; pero tampoco temo morir, porque tenemos un Dios bueno'.

En estos días, sin embargo, además de las lecciones que recibimos de él y del canto de los Salmos, intentaba realizar dos obras muy dignas de memoria, a saber, tradujo a nuestra lengua el Evangelio de San Juan para utilidad de la Iglesia, y extractos de los libros del obispo Isidoro, diciendo: *'No quiero que mis hijos lean una mentira, y por esto después de mi muerte trabajen sin fruto'*. Pero al llegar la tercer feria antes de la Ascensión del Señor empezó a debilitarse más en su aliento, y un pequeño tumor apareció en sus pies. De todos modos todo aquel día enseñaba y dictaba alegremente, y a veces decía entre otras cosas: *'Aprended con rapidez, pues no sé cuánto tiempo más sobreviviré y si después de un rato me llevará mi Creador'*. Pero a nosotros nos parecía que él conocía bien su final, y así pasó la noche velando en acción de gracias.

Y al brillar de la mañana, esto, es la cuarta feria, ordenó que escribiéramos esmeradamente lo que habíamos empezado; e hicimos esto hasta la hora de tercia. Pero desde la hora de tercia caminamos en procesión con las reliquias de los santos, como lo indicaba la costumbre de ese día. Pero uno de nosotros permanecía con él y le dijo: *'Maestro amadísimo, falta un capítulo, y me parece difícil seguir preguntándote'*. Y él respondió: *'Es fácil, toma tu pluma, prepárala y escribe rápidamente'*. Él lo hizo. Sin embargo, a la hora de nona me dijo: *'Tengo ciertas cosas valiosas en mi cajita, a saber pimienta, servilletas e incienso. Corre velozmente y tráeme a los presbíteros de nuestro monasterio, para que también yo les reparta algunos regalitos como los que Dios me dio. Los ricos en este mundo se afanan por dar oro, plata y otras cosas de valor; pero yo daré con mucho amor y alegría a mis hermanos lo que Dios me había dado'*. Yo hice esto con miedo. Y habló a cada uno amonestándolos y pidiéndoles que hicieran misas y oraciones por él, lo cual con gusto prometieron.

Lloraban y se lamentaban todos, especialmente porque había dicho que ya no iban a ver más su rostro en este mundo; pero se alegraban porque dijo: *'Es tiempo de que vuelva a Aquél que me hizo, que me creó, que me formó de la nada. Viví mucho tiempo y piadoso Juez previó mi vida para mí. El tiempo de la partida es inminente, y desea en efecto mi alma ver a mi Rey, Cristo, en su hermosura'*. Habiendo hablado así muchas otras cosas, pasó el día con alegría hasta el atardecer. El muchacho antes nombrado dijo: *'Todavía hay una sentencia, amado maestro, que no está terminada'*. Él dijo: *'Escríbela rápido'*. Al rato dijo el chico: *'Ya está escrita'*. Pero él dijo: *'Bien dijiste, es verdad. Todo terminó'*. Toma mi cabeza en tus manos, porque me gusta mucho estar sentado enfrente de mi lugar santo, en que solía orar, para que también sentado pueda innovar a mi Padre'. Y así, en el piso de la celda, cantando *'Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo'*, al nombrar al Espíritu Santo exhaló el último soplo de su cuerpo, y así se dirigió a los lugares celestes.

Todos los que oyeron o vieron el fin de nuestro bienaventurado padre decían que nunca habían visto a algún otro acabar su vida con tan grande serenidad y devoción, porque, como habéis escuchado, todo el tiempo que su alma estuvo en su cuerpo cantó *'Gloria al Padre'* y otras cosas espirituales y después de extender sus manos no cesaba de dar gracias al Dios vivo y verdadero. Debes saber sin embargo, hermano queridísimo, que podría contarte muchas cosas sobre él, pero la poca ilustración de mi lengua es causa de la brevedad de mis palabras.

Lavalle, Raúl; Pertini, María Alejandra. *Epístola de Cutberto a Cutuino*. (En: Res Gesta, Rosario, Nº 25, ene-jun. 1989, pp. 226-229)